

RESEÑA

UNA NUEVA VISIÓN SOBRE LAS RELACIONES DEL RÉGIMEN MILITAR DE 1976 Y LA JERARQUÍA CATÓLICA ARGENTINA

**OBREGÓN, Martín, *Entre la cruz y la espada. La Iglesia católica durante los primeros años del "Proceso"*,
Universidad Nacional de Quilmes Editorial, 2005.**

Por José Pablo Martín

Universidad Nacional de General Sarmiento

El libro de Obregón aborda un tema profundamente complicado y al mismo tiempo decisivo para comprender el desarrollo de la historia argentina de la segunda parte del siglo XX y hasta nuestros días. La observación del autor de que encontró poca bibliografía previa y de que los acontecimientos estudiados están todavía muy cercanos (p. 11) no le quita a la investigación su valor historiográfico por la disciplina del método que está en su base y, porque, en última instancia, si nunca se escribe una historia definitiva de nada, la historia hay que empezar a escribirla con la memoria todavía fresca. Tiempo habrá para revisores, y los revisores deberán agradecer precedentes como éste.

El asunto de la investigación tiene dos formulaciones en su título: el primero es una relación de dos conceptos claramente discernibles en su trasfondo metafórico: "Entre la cruz y la espada", y el subtítulo nos aclara más específicamente el sujeto social sobre el que se va a recostar la relación antes mencionada: "la Iglesia católica". También se indica desde el título el recorte temporal, es decir entre 1976 y 1978. La cuestión central, a su vez, está determinada por la pregunta sobre el comportamiento de la Iglesia católica frente a la violación de los derechos humanos (p. 11) perpetrados por el otro término de la relación, el "régimen militar" denominado "Proceso".

Los capítulos de la obra se articulan metódica y lógicamente con el fin de responder a esta pregunta fundamental: ¿legitimó o aprobó la Iglesia católica tales violaciones? La respuesta es afirmativa (p. 159, 181). Esta positividad, sin embargo, encierra numerosas negatividades, y no solamente en el orden moral y político, sino en el orden del conocimiento historiográfico: es decir, plantea numerosos enigmas y



cuestiones, que Obregón enfrenta ordenadamente. Estos son los eslabones del razonamiento: los antecedentes de las décadas inmediatamente precedentes a los hechos estudiados, como contexto de las tensiones de las dos formas sociales en relación; el contexto del golpe militar de 1976 y las primeras reacciones de los católicos; la sistemática y expresa designación de la religión católica como inspiradora de su accionar por parte de los militares en el poder; la posición de la Iglesia católica frente a la creciente evidencia de violaciones a los derechos humanos y la dialéctica social que esta cuestión desencadenaba; la funcionalidad que significó el “Proceso” para que la Iglesia católica resolviera algunas tensiones entre corrientes internas y para remozar su proyecto religioso social hegemónico; por fin, sobre los campos comunes de interés entre la Iglesia y las Fuerzas Armadas.

El autor responde progresivamente a estas cuestiones con mesura y documentación de primera y segunda mano. La respuesta positiva a la pregunta básica requiere distinciones y contextos. En primer lugar, responder que la Iglesia apoyó globalmente al proyecto militar exige distinguir qué parte de la Iglesia lo hizo. Desde el inicio la investigación anuncia que se centrará en la “cúpula” de la Iglesia, definida como aquella “nucleada en la Conferencia Episcopal Argentina”. Progresivamente va mostrando diversas corrientes del catolicismo argentino, y en particular de los obispos, nombradas como los tradicionalistas, los conservadores y los renovadores (40-42 etc).

El autor no simplifica ni procede por abstracciones sino que cada paso dado en el desenvolvimiento de las cuestiones va acompañado por nombres de personas y documentación que identifica sus actos. Así los llamados tradicionalistas estaban de acuerdo con el modo de represión adoptado, lo bendecían y hasta lo predicaban. A este grupo pertenece casi sin excepción el personal del Vicariato Castrense, pero no constituyen la mayoría en la Conferencia Episcopal. En el otro extremo están los renovadores, a veces llamados progresistas, a veces Iglesia del Pueblo (expresión en mayúsculas que en el libro queda poco explicada), que son ellos mismos víctimas de la represión, sin excluir la tortura y el asesinato. En el medio coloca con buenas razones a los llamados conservadores, cuyos ejemplos más claros son los cardenales Primatesta y Aramburu. Este grupo, considerado como el grupo dominante en la jerarquía eclesiástica, constituye el eje de la investigación y permite dar respuestas a las cuestiones más complejas, respuestas que son a veces categóricas a veces condicionadas según la complejidad de los datos. Este grupo decide una línea de apoyo al Proceso, pero sin identificar Iglesia y régimen militar. Pero no se trata de una separación nítida, sino de una

compleja ambigüedad que no admite enfrentamientos ni denuncias públicas sino diligencias reservadas, que frena los impulsos de otros estamentos de la Iglesia para denunciar los secuestros o asesinatos de personal religioso, y que es refractario a las mismas señales que provienen de la Sede Vaticana, tendientes a condenar numerosos aspectos del accionar del régimen.

¿Cuál es la razón por la que permanecen en una zona de tanto compromiso público, moral, internacional? El libro hilvana con claridad las respuestas. Por razones estructurales de larga data, que hacen difícil que el episcopado se aleje de un aliado ideológico histórico, el ejército, aliado que comparte el modelo de la “nación católica” y que descrea, como la mayoría de los obispos, de las prácticas democráticas. También por razones coyunturales: la Iglesia católica se encontraba en una crisis poco común en la Argentina y veía cuestionada su cohesión y su organización jerárquica. La represión fue considerada un brazo secular que podía coadyuvar para el logro de un equilibrio social aún dentro de la Iglesia. Respecto de la tesis de que todo el sistema instalado por el Proceso se puede explicar por la funcionalidad de la represión respecto del programa económico de los poderes financieros representados por Martínez de Hoz, el autor se inclina por afirmar, justamente, que no es suficiente explicación de los hechos, porque había un componente ideológico independiente del liberalismo financiero, incluso en algunos casos opuesto a él como ciertas tendencias del nacionalismo católico en materia económica política (el obispo Plaza en La Plata, por ejemplo), que sustentaban duramente la ideología de la represión. No niega el autor, por otra parte, que ambas tendencias se potenciaran en el campo de los hechos políticos. Pero hace muy bien en no confundirlas.

El libro es convincente, a mi juicio. La documentación, basada principalmente en expresiones públicas de los obispos argentinos, orales o escritas, individuales o de conjunto, muestran la conexión de las descripciones de los acontecimientos y las conclusiones.

En cuestiones de tanta complejidad, sin embargo, aun el lector muy complacido, como es mi caso, encontrará materia para hacer observaciones. Yo me permitiré hacer tres de ellas, que muy probablemente no tocan los valores centrales de la obra.

La primera se refiere a la expresión repetida: el “mito de la nación católica” (pp. 87, 90, 95, 135, 160, 166, etc.), que proviene de otros autores anteriores, en especial de Loris Zanatta. No niego que en algún contexto tenga sentido hablar del “mito de la nación católica”, pero dudo de su precisión como término historiográfico. Por varias razones. Si

se toma el sentido de mito como “narración modélica”, podría aceptarse que éste sea el caso. Si se lo toma en el sentido de lenguaje deliberadamente transpositivo, como la alegoría de la diosa de la Primavera, no podría usarse con esta acepción. Si se toma otra de sus connotaciones, como “ilusión” o “engaño”, entonces se vuelve muy impreciso. Primero porque de alguna manera puede decirse que la Argentina es una nación católica, al menos en el sentido de “marcada” por el catolicismo. Y además porque puede haber un “ideario” de algún grupo político que identifique Argentina con el modelo cultural católico, pero entonces llamarle a esto mito es confundir las palabras. Prefiero la expresión “ideario”, que es la que el autor da como equivalente a “mito” en p. 160.

Una segunda observación. Inspirado quizás también por Loris Zanatta, quiero suponer sin estar seguro, introduce el autor varias veces la expresión “matriz tomista” (p. 27, 30, 40, 67, 139, etc).

Esta expresión aparece en dos contextos principales. En el primero, se quiere significar que en el esquema de los tradicionalistas subyacía una “matriz tomista”. Esto puede aceptarse limitadamente, en cuanto muchos exponentes teóricos del catolicismo integrista de la Argentina, el caso de Julio Meinvielle o de Nicolás Derisi, se consideraban a sí mismo auténticos tomistas. Pero no se hace justicia a un adjetivo que proviene de Tomás de Aquino, que fue un innovador en su momento, que perdió una cátedra en París y tuvo que volver al convento de Italia porque fueron condenadas proposiciones que él enseñaba, que fue un factor decisivo en la introducción de Aristóteles, fermento de renovación política en el Medioevo. En el segundo contexto, se dice que el Concilio Vaticano II vino a desbaratar un esquema “tomista” de la comprensión del catolicismo. Pero aquí también habría que hacer distinciones, porque algunos de los teólogos que influyeron más profundamente en el Concilio Vaticano II se consideraban a sí mismos “tomistas”, como es el caso de Yves Congar, aunque el padre Meinvielle negaría rotundamente que semejante escritor pueda ser tomista. Ante estas discusiones, es preferible no suponer un significado estable para el término “tomista”.

Quizás la más compleja de mis observaciones sea la tercera. La idea expresada por el autor en p. 156 de que el pontificado de Juan Pablo II significó un giro que impulsó al Episcopado de América Latina a la denuncia de las dictaduras y que tal tendencia se manifestó en la Conferencia de Puebla, podría dar lugar a una interpretación no del todo ajustada para el que desconoce la historia de las Conferencias Episcopales Latinoamericanas. El documento de la Conferencia de Puebla, realizada en enero de 1979, significó un freno, otros dirán un ajuste equilibrado, a la conferencia anterior de

Medellín, de 1968, respecto de las condenas de los regímenes políticos en América Latina. No quiero afirmar, como algunos, que Puebla significó un retroceso conservador, pero, si hablamos de tendencias, significó un proceso hacia posiciones menos críticas a los regímenes militares. Sin embargo, y para acercarme a la posición de Obregón, debemos reconocer que Puebla desarrolló ampliamente el tema de los derechos humanos, y que esta novedad, muy desagradable para los sectores católicos que defendían los regímenes dictatoriales del momento, respaldó, desde el nivel más alto del catolicismo, el accionar de los grupos católicos que intentaban frenar la impunidad antihumana e ilegal de la represión en Latinoamérica.

En suma, el libro de Obregón constituye una excelente exposición sobre los hechos y las ideas del período que estudia. Su base principal es la lectura comprensiva y sistemática de la documentación escrita disponible. El mismo desarrollo del libro invita a profundizar aspectos específicos con nuevas sistematizaciones de los datos y con investigaciones de fuentes no exploradas todavía. Entre estos caminos para recorrer según las señales del libro, menciono: a. el tema del Vicariato Castrense, como lugar mediador de las formas sociales cuya relación estudia el libro de Obregón; b. la documentación pertinente de las Fuerzas Armadas; c. las relaciones entre comunidad católica y las Fuerzas Armadas según las diversas regiones del país.